



De cara al Sol
Andrea Cataño Michelena
Narconinis
El Sol de México
27 de agosto de 2010

Hace lo menos cuarenta años en nuestro país hacía falta una política de planificación familiar eficaz. La razón era simple: desde en den'antes éramos muchos y seguía pariendo la abuela. Mientras hoy las buenas conciencias se asustan porque en el Distrito Federal las parejas homosexuales pueden casarse y adoptar niños, hace cerca de treinta años el puro hecho de hablar de control natal levantaba ámpula entre un sector muy amplio de la sociedad. Las autoridades de salud estaban recelosas de lanzar una campaña agresiva, porque nuestra población santa, católica y apostólica no vería con buenos ojos una acción del Gobierno en este sentido. Tras largas discusiones, se optó por crear un programa de planificación familiar para el sector salud junto con una campaña muy exitosa y multipremiada titulada "Pocos hijos para darles mucho". Tuve la suerte de estar en el equipo que participó en la estrategia creativa y el desarrollo de los materiales. Al principio hubo una gran reticencia de la gente, producida por una combinación letal para el desarrollo: prejuicios, ignorancia y temor. Fue todo un reto ajustar las herramientas de comunicación y capacitar al personal de salud para que poco a poco, la idea de no tener hijos como si fueran bolillos fuera permeando, sobre todo en las capas de la población con menor nivel de educación.

Los resultados positivos se están dejando ver prácticamente hasta ahora cuando la tasa de natalidad ha descendido significativamente (20.04 nacimientos/1.000 habitantes, en 2008, cuando en 1970 era de 43.4), pero en los setentas y ochentas siguieron naciendo niños como conejos en este México que tan poco tenía para ofrecerles y aquí están hoy nutriendo las filas de los mentados "ninis", jóvenes en edad productiva que ni estudian porque no consiguieron un sitio en los planteles de bachillerato o de educación superior, ni trabajan porque no hay para ellos plazas en éste que prometió ser el sexenio del empleo. Y ahí están en una cifra que ronda los 7.2 millones -como dijo el Dr. José Narro Robles y no por menos de trescientos mil como alegó don Alonso Lujambio, secretario de Educación- como materia prima desechable para nutrir las filas de las organizaciones criminales. Esta discusión que se ha enfocado en la numeralia, soslaya la realidad: son jóvenes a los que su país, su gobierno y su sociedad no tienen nada qué ofrecerles. ¿Por qué? Por falta de políticas públicas adecuadas, porque cada nueva administración quiere inventar el hilo negro (en el mejor de los casos) o es omisa o irresponsable e incapaz de ver más allá de sus intereses políticos y de proteger sus cotos de poder.

Los "ninis" son una generación entre los 16 y 35 años presa fácil de las adicciones, la violencia y el delito. Basta notar que más del 60 por ciento de las bajas por la guerra entre los cárteles de la droga tenían entre 16 y 35 años, personas en plena edad productiva. Pensemos en que casi diez millones de jóvenes, en conjunto, carecen de acceso a la educación media superior y universitaria. En el último examen de admisión sólo uno de cada diez solicitantes fue admitido en la UNAM y este fenómeno se repite casi sin variantes en el resto de universidades del país. De ahí que a últimas fechas haya crecido tanto el nicho de las universidades patito que tampoco son el verdadero remedio para este grave problema, pues producen profesionales deficientemente preparados que, de tener suerte, encuentran trabajos mal remunerados y de jerarquía inferior.

El CONALEP, creado en 1978, nace de una visión que quizá se ha perdido, en cuanto a que pretendía abastecer a la industria de técnicos altamente calificados para los que sí habría empleo, pues las carreras tradicionales no tienen demanda. ¿Cuántos licenciados en leyes, en administración, en arquitectura, en ingeniería civil salen y no

encuentran trabajo? Hay carreras saturadas, como la de medicina, pero los médicos se concentran en las grandes ciudades, mientras que en provincia, en los municipios, hay escasez de profesionales de la salud.

¿Qué hacer entonces? Formular una política pública de educación media y superior que vincule las necesidades de recursos humanos y orientarlas con programas educativos que verdaderamente respondan a estas necesidades, nuevas profesiones para las cuales haya oferta de trabajo y una campaña que muestre las ventajas de estas nuevas profesiones. Esto por una parte y, por otra, terminar con el pase automático que contribuye al deterioro del nivel profesional. La formación universitaria debe ser gratuita, pero no fortuita. Es decir, deben acceder solamente aquéllos que tienen el nivel de conocimientos y de coeficiente intelectual para ello. Para los otros deben existir otras opciones atractivas.

Esto no resolverá todo el problema, pero ayudará a que sea menos aterrador. Cada día me convengo más de que un país con una pobre educación es un pobre país.

Quema cocos: ¿Qué vamos a importar crudo? A esto conduce la sangría inicua de los recursos provenientes de la venta de petróleo, aunada a la corrupción, la ineficiencia y las prebendas abusivas de su sindicato. No me cansaré de repetirlo, si Kafka hubiera nacido en México habría sido escritor costumbrista.